

# EL PANTEÓN DE MARINOS ILUSTRES Y LA POBLACIÓN MILITAR DE SAN CARLOS

Albert CAMPANERA I ROVIRA



L Panteón de Marineros Ilustres forma parte del conjunto de edificios que constituyen lo que es conocido como Población Militar de San Carlos, proyectada expresamente para la Real Marina en el último tercio del siglo XVIII por un decreto del rey Carlos III, más conocido por los madrileños como el *Rey Albañil*, que supervisó personalmente el desarrollo de este proyecto. Sin embargo, la orden para iniciar las obras no arribaría hasta el año 1785, tres años antes de su muerte, siendo secretario universal de despacho y ministro de marina fray (1) Antonio Valdés Bazán. Hoy en día, la población Militar de San Carlos se encuentra integrada como un barrio más dentro la ciudad de San Fernando, que cuenta con una población de más de 74.000 personas, capital de la nombrada Isla de León, vecina de Cádiz.

Este decreto estipulaba que la mencionada población estaría formada por un amplio rectángulo de 900 varas (2) de frente por 640 de costado, ocupando una superficie total de 576.000 varas cuadradas. Dentro del ordenamiento urbano, realizado en forma de retícula octogonal, cabe señalar como edificios principales una iglesia, la casa del capitán general, la intendencia, la tesorería, la contaduría, un cuartel para el alojamiento de los guardias marinas y la academia de éstos, más otro cuartel para las brigadas, la Academia de Pilotos y el hospital. Completando toda esta serie de edificaciones, dos cuarteles más para alojamiento de las tropas de los Batallones de Marina, sumando en conjunto una docena de edificios principales, enlazados por 34 calles, bautizadas todas ellas con nombres de marinos.

En principio se pensó en una iglesia con un panteón subterráneo, pero a causa de su elevado coste (no olvidemos que el proyecto estaba asentado sobre una área de marismas) no mereció la aprobación del rey, que ordenó

(1) Tratamiento que se daba entre los religiosos de las órdenes militares.

(2) Unidad de medida castellana, equivalente a 0,836 milímetros.

suprimir el Panteón, sustituyéndolo por un cementerio exterior. A pesar de esta importante reducción, el costo de la mencionada iglesia ascendió hasta la suntuosa cifra de 6.718.300 reales de los denominados de vellón (3).

La iglesia fue la primera construcción en alzarse de la Población de San Carlos, por expreso deseo del monarca, por ser su real ánimo que este santo edificio fuese base fundamental de los demás. Desde un principio tuvo por patrona a la Purísima Concepción de Nuestra Señora; no olvidemos que en aquellos tiempos esta advocación aún no estaba declarada dogma, cosa que no sucedió hasta el año 1854 bajo el pontificado de Pío IX, como secular patrona de los reinos de España y de sus Indias. La primera piedra se colocó el día 2 de julio de 1786, con la asistencia de todas las autoridades locales e invitadas, encabezadas por Luis de Córdova y Córdova, capitán general y director del Departamento Marítimo de Cádiz.

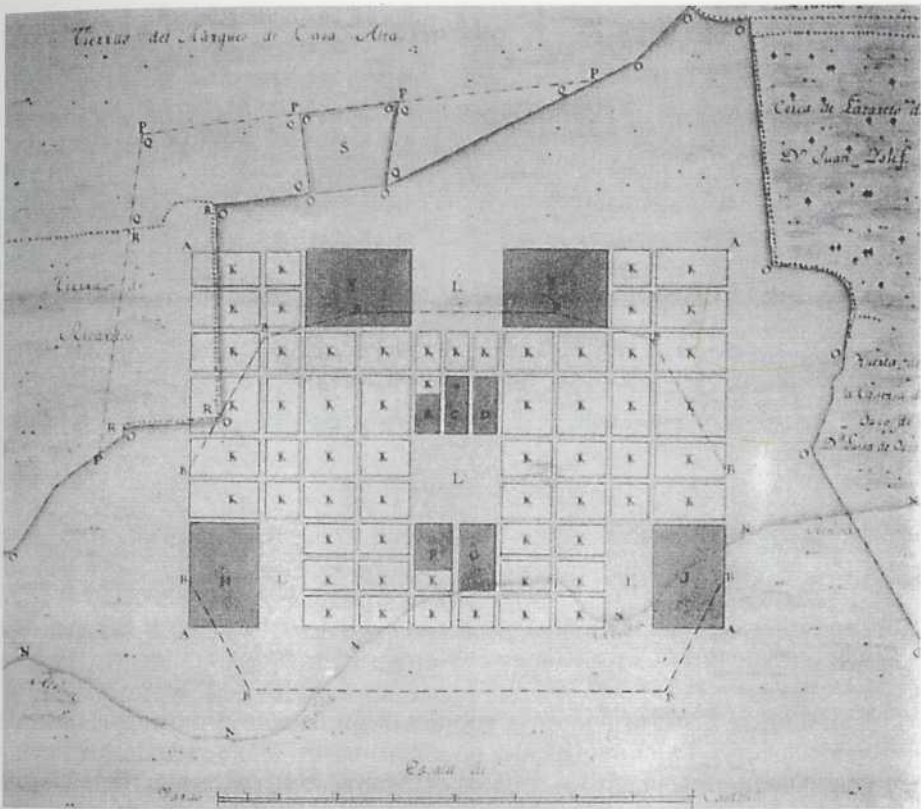
En la vigilia de aquel día, y siguiendo un riguroso ceremonial litúrgico dado que aún eran tiempos en que la Santa Inquisición campeaba libremente, el vicario castrense Domingo Villanueva Dolarea y de la Excusa bendijo una cruz de madera, portada en procesión desde la isleña iglesia del Cristo de Veracruz, asentándola en el mismo lugar donde habría de situarse el tabernáculo, es decir, la nave central del edificio, y depositando en el interior de un agujero cincelado en la primera piedra un tubo de vidrio conteniendo un plano de la nueva población, un dibujo de la bahía, un Estado General de la Armada de aquel año y tres monedas de oro, plata y cobre, en tanto, que los frailes franciscanos entonaban un *tedeum*.

El primer director de las obras fue el ingeniero naval Vicente Ignacio Imperial Diguén (4) y Trejo, caballero de una más de las tantas órdenes existentes en el país, que desarrolló buena parte del proyecto y dirigió los trabajos durante los dos primeros años. Respecto a Diguén, se puede decir que era un hombre de la confianza de Pedro González de Castejón, en aquel momento secretario de Estado y del Despacho Universal de Marina, procedente del Cuerpo de Ingenieros, formado en la escuela de Barcelona, la primera de su especialidad en España, y pasado al servicio de la Real Armada.

Transcurrido un tiempo, le sustituye el arquitecto gaditano Gaspar Molina y Zaldívar, marqués de Ureña, avanzando los trabajos lentamente, ya que frecuentemente surgían reclamaciones de los propietarios de los terrenos afectados —entre éstos vale la pena recordar las efectuadas por el duque de Arcos y los marqueses de Casa Alta y Pedroso—, originando importantes demoras en las obras. A todas estas complicaciones, tendríamos que añadir el frecuente cambio de los asentistas, dado que en buena parte de la mayoría de las obras estatales algunos iban de listos, lo que unido a una lluvia de críticas y censu-

(3) Hoy en día un real de vellón tendría aproximadamente un valor de 0,60 euros.

(4) En alguna publicación figura con el apellido de Dagueri.



Plano original de la Población de San Carlos.

ras desde la Corte condujeron a la paralización de las obras en 1794, cuando se encontraban dirigidas por el ingeniero director interino Francisco de Ampudia y Valdés.

El 1798, otro aristócrata gaditano, con el ampuloso título de conde del Parque, ofreció continuarlas, mereciendo la atención del teniente general José de Mazarredo, pero no se aceptó por las onerosas contrapartidas que exigía. Desgraciadamente, los tiempos no eran nada propicios para construcciones públicas en un Estado que cuando no se encontraba en guerra contra la Francia republicana o Inglaterra lo estaba con el mismo Portugal. Estos conflictos condujeron a la interrupción de las obras en toda la Población de San Carlos, que hasta aquel momento, a pesar de todo, continuaban avanzando lentamente.

En el año 1805, siendo ministro de Marina frey Francisco Gil de Lemos y con motivo de una nueva guerra contra Inglaterra, que afortunadamente sería



Formación de alumnos de la Escuela de Suboficiales de la Armada frente a la fachada principal del Panteón de Marinos Ilustres en el curso de una ceremonia castrense.

la última en la historia contra la rubia Albión, entraron en un periodo de profundo letargo. La continua falta de dinero en las arcas estatales, reflejada de una manera especial en los asuntos de Marina, en contraste con una Corte ajena a las vicisitudes de la Institución, incidió hondamente en la construcción del Panteón, puesto que muchos de sus miembros tenían que limosnar para subsistir, al llevar más de dos o tres años sin recibir ningún tipo de paga; por tanto no resulta nada extraño que las obras del edificio, al igual que el mantenimiento de los buques, cayeran en la más absoluta indiferencia ante un rey que había exclamado: «Marina, poca y mal pagada».

La ocupación militar de la Isla de León, asentamiento entre 1818 y 1820 del que fuera el último ejército expedicionario español para la América continental, condujo a una situación de abandono, rematada en 1824 por la lastimosa invasión de España por un ejército francés, enfáticamente llamado los Cien Mil Hijos de San Luis, para restituir en el poder absoluto a Fernando VII; esto contribuyó en gran manera a la degradación de la zona y de una manera especial de la iglesia, de la que sólo quedaron los cimientos, las paredes y estructura principal, llegando a lo largo de los siguientes 45 años a ser incluso utilizada como depósito de cadáveres del cercano hospital de Marina.

Las obras se reiniciaron en 1850, en virtud de una real orden, siendo ministro de Marina el marqués de Molíns. Por ella se destinaba la antigua iglesia a

Panteón de Marinos Ilustres, buscándose construir, de acuerdo con el deseo de S. M. Isabel II, no tan sólo un «lugar decoroso y perpetuo de religioso descanso para los Ilustres Marinos que sirvieron denodada y fielmente a la Patria y al Trono», procurando al recién creado Colegio Naval «un templo que en tal lugar recibiese digno ejemplo y retribuyese justo culto».

Las obras comenzaron rápidamente y se trabajó especialmente en las capillas, que fueron dispuestas a uno y otro lado del altar mayor, colocándose en las mismas veneradas imágenes, entre ellas la de Nuestra Señora de la Victoria de Lepanto, que era un regalo del *dux* de Venecia Alvise I Mocenigo a Juan de Austria.

Otra vez la construcción en marcha, se consolida ésta fijando como remate dentro del recinto en su vertiente sur un magnífico escudo en mármol de Carrara, con las armas de España sostenidas por Marte y Minerva. Talla escultórica que en principio estaba destinada a la Academia de Guardias Marinas de Cartagena.

La portada de la fachada principal del Panteón, de estilo neoclásico, está ennoblecida por un remate en forma de cruz en piedra, leyéndose en latín la siguiente inscripción: *Omnes isti in generationibus gentis suae gloriam, adepti sunt et, diebus suis habentur in laudibus*, que traducido al castellano quiere decir lo siguiente: «Todos éstos que arribaron a la gloria, mientras vivieron, en medio de los suyos y sus días son celebrados».

Pero lo más curioso de este singular edificio —muy poco conocido y que es el más importante simbólicamente de la Armada, después de su sede principal en Madrid, el antiguo Ministerio de Marina y actual Cuartel General de la Armada— es que el Panteón, en el transcurso del tiempo, se ha convertido en una especie de Arlington español, más antiguo que este famoso cementerio militar americano en las cercanías de Washington, creado el año 1864 por iniciativa del secretario de Guerra de los Estados Unidos, siendo visitado a menudo por comisiones de marinos extranjeros, como bien se aprecia en las numerosas cintas con las dedicatorias de las coronas florales guardadas en la sacristía.



Detalle del altar mayor del Panteón, bajo la advocación de la Virgen del Carmen, que sustituyó en su momento a San Juan Nepomuceno como patrón de la Armada española, en cuya escalinata reza la siguiente inscripción: «A los que vivieron para la Patria o murieron por ella».



Detalle de uno de los sarcófagos que ornamentan el Panteón, en este caso, situado en una hornacina propia.

Las obras se dieron parcialmente concluidas el año 1854, con la bendición del Panteón, pero, ¡atención!, sin techo, interrumpiéndose nuevamente dos años después por la endémica falta de recursos. Mientras tanto, el director general de la Armada, previsoramente, había solicitado en 1851 a la Academia de la Historia y al director del Colegio Naval la búsqueda de los restos de los marinos ilustres existentes en iglesias y conventos, en aquel tiempo lugares usuales de enterramiento, que pudieran tener cabida en el Panteón. La selección realizada este mismo año recayó sobre los restos de Federico Gravina Napolis, Luis de Córdoba y Córdoba, Cayetano Valdés y Flores, Ignacio M.<sup>a</sup> Álava y Sáenz de Navarrete, Andrés Regio y Brachiforte y José Rodríguez de Arias y Álvarez Campana, que fueron los primeros en arribar en 1858, quedando provisionalmente depositados en una de

las capillas a la espera de tener acabados los sepulcros.

Cerrado el Colegio Naval y trasladada su labor formativa a bordo del navío *Princesa de Asturias*, el edificio acogió varias dependencias de Marina, ordenándose bajo la regencia del general Francisco Serrano, duque de la Torre, y no sin ciertas vacilaciones, la inauguración solemne del Panteón el 1 de mayo de 1870, como tal pero no como iglesia, siendo ministro de Marina el brigadier de la Armada Juan Bautista Topete y Carballo, procediendo a las inhumaciones definitivas de los marinos escogidos, a las que siguieron otras, hasta hoy en día, siempre y cuando las familias estuvieran de acuerdo con ello. Pero inexplicablemente se encuentran a faltar entre esta pléyade los nombres de los tenientes generales José de Mazarredo y Antonio de Escaño, del capitán de corbeta Luis González de Ubieta y del teniente de navío Isaac Peral y Caballero.

Sin embargo, la falta de techumbre en el Panteón recordaba constantemente que era una obra incompleta, siendo un importante obstáculo para enriquecer y conservar las valiosas esculturas y cenotafios depositados dentro del recinto. Situación que indujo al Ministerio de Marina, dirigido en 1945 por el almirante Salvador Moreno Fernández, a solicitar al Gobierno los recursos

necesarios con el fin de poder completar el edificio, empresa que, dado como siempre la penuria económica de aquellos tiempos, tuvo aún que aguardar trece años más para la conclusión, inaugurándose definitivamente en 1958 tal como lo conocemos actualmente, siendo entonces ministro de Marina el almirante Felipe Abarzuza y Oliva.

En cuanto al edificio del costado derecho mirando desde el exterior, es interesante recordar que hasta el año 1943 fue la sede de la Escuela Naval Militar, donde, por cierto, cursó estudios el que sería más tarde conocido como conde de Barcelona. Pero cuando esta Institución se trasladó a Marín se transformó en la Escuela de Suboficiales, ampliada más tarde con otro edificio frontal al mismo Panteón, de moderno diseño y construcción, adornando la Plaza de Armas una excelente muestra artillera: dos cañones recuperados del pecio del *Santísima Trinidad*.

También es interesante recordar, que el lugar fue la cuna de la Milicia Naval Universitaria, mítica institución que algunos lectores recordarán como la época en que vistieron de «popeyes», hasta la desaparición de la misma en la década de los 70. Actualmente, la mayor parte del edificio está ocupado por las excelentes instalaciones del Museo Naval del Departamento Marítimo de Cádiz, destacando de entre sus fondos, algunas piezas procedentes del navío *Santísima Trinidad*, fabuloso buque hundido frente a la costa de Barbate en las cercanías de Cádiz poco después de Trafalgar.

Como curiosidad, cabe señalar que los primeros restos que reposan dentro del Panteón no corresponden a un marino, sino al coronel de artillería Mariano Gil de Bernabé e Ibáñez. Estos restos aparecieron en el interior de una columna, al retirar su lápida de mármol datada en 1812, al efectuar unas labores de conservación el año 1982.

Actualmente el Panteón, después de 192 años, recoge los restos físicos de más de 60 personas, tanto militares como civiles, siendo una treintena más recordadas en lápidas o monumentos al perderse para siempre sus cuerpos en la mar. De toda esta comunión de marinos ilustres, cabe señalar entre otros a los isleños, catalanes, vascos y gallegos Antoni Barceló i Pont de la Terra, Víctor Concas i Palau, Cosme Damián de Churruca y Elorza, Joaquín Bustamante y Quevedo, Jaime Janer Robinsón, Manuel Deschamps y Martínez, etcétera.

También es interesante comentar por qué el Panteón, prácticamente una iglesia, no ejerce como tal. Pero se comenta, *soto voce*, que eso es debido a que algunos de los marinos que allí reposan eran francomasones, y como muy bien sabemos, esta asociación fue excomulgada por el papa Clemente XII, lo que originó su repudio por la jerarquía eclesiástica. Pero, por otra parte, la existencia de marinos francomasones no ha sido nunca un secreto, como muy bien se puede comprobar en los símbolos de la escuadra y el compás que discreta o abiertamente aparecen en algunas de las lápidas o monumentos.

Por todo esto, la visita a este importante edificio recuerda la sabiduría de las afirmaciones que el profesor Jesús María Valdalisó, de la Universidad del



Detalle del fresco que decora el ábside del Panteón. Este fresco tiene la particularidad que puede observarse reflejado en un estanque situado bajo el mismo.

País Vasco, efectuó en el transcurso del I Congreso de Historia Marítima Catalana, cuando confirmó, más o menos, que si hubiésemos tenido muchos personajes de la talla de Bazán, Nelson, Suffren o Scheer las cosas de la milicia se verían de otra manera.

Pero de toda esta historia se pueden extraer algunas consecuencias, orillando la heroicidad, máxima virtud militar, porque en el Panteón se honora algo más que los méritos de los que murieron heroicamente por la Patria término que hoy en día parece no esté nada de moda, sino también a los que en la paz dedicaron intensamente su vida a la Armada, tal como, por ejemplo, la de los jefes de escuadra Jorge Juan y Santacilia y Vicente Tofiño de San Miguel y Van del Valle. Por tanto, no hay nada mejor para finalizar este artículo que reflejar la plegaria que preside el principal monumento del Panteón, situado según se entra a la izquierda del atrio:

«Acuérdate Señor de los ilustres y beneméritos marinos  
que vivieron intensamente por la Patria  
o que dieron su vida por ella.



Acuérdate Señor de las clases de marinería y tropa  
y de los marineros y soldados que, siguiendo con lealtad las Banderas de la  
Patria,  
fueron conducidos por los preclaros capitanes que aquí reposan.

En caridad  
Acuérdate también, Señor, de los enemigos  
que murieron luchando contra nosotros, con nobleza y con honor,

DALES A TODOS ELLOS LA GLORIA ETERNA.»

Y aquí habría acabado este artículo, pero a principios del año 2000 tuvo lugar un acontecimiento que le otorga una cierta continuidad, cuando por iniciativa del entonces director del Museo Naval de Madrid, el contralmirante José Ignacio González-Aller Hierro, y costado por el Instituto de Historia y Cultura Naval, se decidió fijar una lápida de mármol de notables dimensiones, alusiva al aporte que han generado los marinos a la historia de la Humanidad. Del estilo a la que tienen los británicos en Plymouth Hoe, mítico lugar en donde según la tradición Francis Drake jugaba a bolos mientras esperaba la arribada de la Gran Armada, adjetivada maliciosamente como la Invencible por los súbditos de su Graciosa Majestad.

Por esto, y dada la circunstancia de que no existía nada semejante dentro del Panteón, al mismo tiempo que recordara a los ciudadanos la valía de aquellos hombres y su importante labor en todos los continentes y mares del mundo, es conveniente transcribir como colofón una pequeña parte del largo texto (5), que dice lo siguiente:

#### HONOR Y GLORIA A ELLOS

Almirantes de Castilla y Aragón, Capitanes Generales y Tenientes Generales de la Mar, Capitanes Generales de la Armada [...], bombarderos, abanderados y ballesteros.

---

(5) El texto íntegro de esta dedicatoria, se puede encontrar en la REVISTA GENERAL DE MARINA correspondiente a marzo de 2003, págs. 259-262.

EMBARCADOS  
EN LAS

Armadas de la Mar Océano, de la Guarda de la Carrera de Indias, De la Mar del Sur [...], Fuerzas Navales del Bloqueo del Mediterráneo, Flota Republicana y Flota.

QUE SIRVIERON BAJO LAS BANDERAS  
DE LOS REINOS Y PRINCIPADOS DE ESPAÑA EN LAS

Campañas de San Payo de Leito (1111), Baleares (1114-1115), Almería (1147), Tortosa (1148) [...], Sáhara y Río de Oro (1975-1976), Golfo Pérsico (1990-1991) y Mar Adriático (1992-1999).



BIBLIOGRAFÍA

- Anónimo. *Panteón de Marinos Ilustres*. Edita Zona Marítima del Estrecho. San Fernando, 1992.
- Anónimo. *Ciclo sobre La Marina en San Fernando*. Academia de San Romualdo. San Fernando, 1987.
- CERVERA JÁCOME, Juan: *El Panteón de Marinos Ilustres*. Editorial Naval. Madrid, 1926.
- CERVERA PERY, José: *Marina y Política en la España del siglo XIX*. Editorial San Martín. Madrid, 1979.
- POMPEO, Molmenti: *La Storia de Venezia*. Editoriale Bergamesca. Bergamo, 1923.
- TASSINI, Giuseppe: *Curiosità veneziane*. Editoriale Filippi. Venezia, 1964.
- Varios autores. *Enciclopedia General del Mar*. Ediciones Garriga. Barcelona, 1992.